

SEXUALIDAD

Año III. Núm. 81

Precio: 25 céntimos

5 Diciembre 1926



Ayuntamiento de Madrid



HOTEL FLORIDA Madrid

Doseientas habitaciones,
todo confort e
higiene

El mejor situado y más
económico de los ho-
teles modernos

Plaza del Callao
(GRAN VIA)

ANTONIO ARDID

NEUMATICOS Y ACCESORIOS PARA AUTOMOVILES



Génova, 4. - MADRID

SEXUALIDAD

REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE SOCIAL

El fin que nos proponemos es la preservación de las enfermedades evitables y el desarrollo de la educación física y moral como salvación a nuestra juventud

Número corriente: 25 céntimos *SE PUBLICA LOS DOMINGOS* Número atrasado: una peseta

Redacción y Administración:
ALCALA, 53. — MADRID
Teléfono 27-61 M.

DIRECTOR:
Dr. Navarro Fernández

Precios de suscripción:
Trimestre..... 3 pesetas
Semestre..... 6 —
Año..... 10 —

Fatalismo

Una de las lacras sociales más extendidas y que ha originado el movimiento retardatario en la civilización ha sido el exagerado fatalismo.

El hombre a la moderna es pesimista y sombrío, y sin que se sepa la causa primordial, su imaginación es poco fecunda en la inventiva creadora de la fantasía optimista. Una secuela de amargura que se ha ido depositando raudamente en su espíritu ha hecho al hombre moderno más fatalista que en la antigüedad, a pesar de haberse puesto de prototipo al árabe. Este decaimiento mental hace que el hombre sea poco decidor, y que para emprender obras audaces vaya hoy a la zaga, a pesar de su mayor cultura, de otros tiempos pretéritos.

El hombre se marca hoy maquinalmente una trayectoria vinculada en su vida material y se encuentra totalmente desorientado cuando se desvía de ese trabajo continuado y rutinario. Nunca se ha podido decir con más propiedad que el hombre se adapta al medio en que vive, y pocos son los que tienen inquietudes intelectuales que son los destellos cerebrales con que se manifiesta la actividad del genio.

La disminución de esta hiperestesia conduce al hombre fatalmente a la abulia que le

precipita hacia el abismo del autómatas. Esta depresión moral lleva por caminos de extravío mental a la anulación del albedrío, y es lo que hace que el hombre, considerándose en condiciones de inferioridad, no se atreva a acometer empresas atrevidas y audaces. Por eso, en la época moderna, la resolución de los problemas ha sido de índole material y mecánica donde se ha puesto siempre a contribución la paciencia y la experiencia, bases firmes del raciocinio que pueden llevar al hombre al invento metódico y científico, pero nunca al destello genial.

Tal vez a esto sea debido el poco caudal de hombres de grandes concepciones delirantes, rayanas en el genio, que han producido siempre las mejores obras fundamentales de la filosofía y del arte. El mundo progresa más hacia la resolución de problemas materiales y reales que en la conquista de ideales, base sustantiva de una moral social.

Y el siglo que resolvió los mayores esfuerzos inventivos de la navegación aérea y submarina, descubriendo horizontes materiales, aún no ha sabido volar en alas de su fantasía y convertir a los hombres en Quijotes, alejándolos del fatalismo de Sancho.

Dr. Navarro Fernández

HIGIENE SOCIAL

El hipnotismo y la religión

No pretendo, en este artículo, considerar el hipnotismo en un aspecto maravilloso y metafísico con el fin de buscar las relaciones que pudiera tener con la religión; ni tampoco pretendo examinar la religión desde un punto de vista material con el objeto de relacionarla con los fenómenos psicofisiológicos del hipnotismo. Es mi intención conciliar hipnotismo y religión, demostrando que la Iglesia no condena el primero y que, por tanto, no existen razones para señalar, como causa de las manifestaciones hipnóticas, la intervención de espíritus maléficos ni de satánicas influencias.

Es verdad que hubo un tiempo (aquél en que la ciencia ponía aún reparos a la admisión del hipnotismo en su seno) en que muchos escritores católicos condenaron las manifestaciones hipnóticas; pero esas opiniones no tienen más valor que el de apreciaciones puramente personales; apreciaciones erróneas, pero disculpables, por cuanto hasta los príncipes de la ciencia se nos mostraban disconformes y desorientados respecto a la existencia, génesis y aplicaciones del hipnotismo.

Algunos de esos escritores católicos combatieron la hipnosis con una medida muy loable. Hubo otros en cambio, que, en confusión lamentabilísima, declararon idénticos el hipnotismo, el espiritismo, la magia y hasta la alquimia, terminando por afirmar que sus fenómenos eran manifestaciones infernales. Y hasta alguno, en un alarde de imaginación, escribía, muy convencido, que después de

bien estudiadas las posibilidades hipnóticas, había llegado a la conclusión de que todo era obra del demonio, y que los hipnotizadores todos habían hecho pacto con el diablo.

Semejante teoría es tan caprichosa, gratuita y arbitraria que no merece comentarse. Sin embargo, se podía haber contestado a su autor que, una de dos, o él no había experimentado el hipnotismo, en cuyo caso estaba incapacitado para sentar tal afirmación, o bien lo había experimentado, y entonces también él había hecho pacto con el infierno.

Pero todas estas nubes que empañaban el reconocimiento de la verdad se fueron disipando, y poco a poco los escritores católicos, al compás de los avances de la ciencia, fueron admitiendo la realidad de los fenómenos hipnóticos y reconociendo que nada tenían de sobrenaturales.

El Padre Mir, de la Compañía de Jesús, cita en su obra «El Milagro» los siguientes autores católicos que aceptan ya el hipnotismo como un efecto natural: el doctor Guermontprez, el doctor Constantino James, el doctor Ferrand, el doctor Aragón Obejero, el doctor Venturoli, el Padre Bonniot, el Castelain, el P. Portalié, el canónigo Lelong, el abate Vacant, el P. Mateos, Sánchez Freire, Hervier, Liberali, el abate Troitin, el Padre Matharan y el P. Lehmkhul; estos tres últimos, profesores de Teología moral.

Todos los autores anteriormente citados excluyen las intervenciones satánicas de los fenómenos hipnóticos y creo que bastarán para tranquilizar a las personas que tuviesen alguna prevención contra el hipnotismo producida por una errónea interpretación de sus efectos.

Mas por si eso fuese poco, el abate Méric, haciendo alusión a una encíclica que el Vaticano hizo pública en 1856 acerca del magnetismo, dice: «Es necesario distinguir con la Santa Sede y con la ciencia entre el fenómeno de la hipnosis y el uso que ciertos miserables pueden hacer de él; y no se pretenda, como lo hacen algunos, con una temeridad que irrita a los doctos, decir que el magnetismo está condenado.»

Y en el libro de Moutin, «Le nouvel hypnotisme», se insertan dos certificaciones que dan fe de la realidad y licitud del hipnotismo; una de ellas, firmada por el Canónigo Secretario del Obispado de Valence, y la otra, que copio a continuación, autorizada por el Obispo de Digne. Dice así:

«Certificamos voluntariamente que monsieur Moutin ha dado en nuestro Petit Séminaire una sesión interesantísima de magnetismo. Las experiencias que ha hecho han obtenido un gran éxito entre nuestros discípulos, nuestros profesores y los Padres de nuestra villa episcopal.

Nosotros, por reconocimiento, y después de certificar su evidencia, aprovechamos esta ocasión para declarar, como Roma lo ha declarado en estos últimos tiempos, que la realidad de los fenómenos del magnetismo es de las incontestables y mejor probadas de cuantas se conocen en el mundo, y que su uso está permitido, patrocinándole la ciencia y la fe, por cuanto consiste, como con admiración hemos visto, en el simple empleo de medios físicos, lícitos en sí mismos y en el modo de aplicarlos.—A. François, Obispo de Digne.»

Estos testimonios constituyen suficiente prueba de lo que queríamos demostrar, o sea: que el hipnotismo no está condenado por la Iglesia y que su uso está permitido por las autoridades eclesiásticas.

Pasaron ya los tiempos nebulosos en que la razón y la ciencia estaban encadenadas por la ignorancia y la superstición de los pueblos;

aquellos tiempos de fanatismo y de idolatría; idolatría que degeneraba en cultos absurdos hacia sistemas politeístas, y fanatismo que engendraba verdaderas epidemias—crisis histeriformes—de misticismo patológico (las poseídas de Bayeux, los convulsionarios de Saint-Medard, etc.); aquellos tiempos en que se trataba la epilepsia con esorcismos y conjuros; aquellos tiempos en que el exoterismo religioso era reemplazado por un superficial esoterismo; aquellos tiempos de misterios, de trasgos, de diablos, de mentiras y de locura. Aquellos tiempos han dejado el sitio a otros donde el horizonte se muestra más despejado, más claro, más sereno; donde la superstición va siendo desterrada, la ignorancia suprimida y el misticismo encauzado; donde las religiones, siempre de acuerdo con su doctrina básica, se van conciliando con las ciencias, limpiándose de sus errores y adaptándose a las exigencias de la vida moderna. Pasaron ya aquellos tiempos de negrura, y el hipnotismo, como tantas otras cosas, ha sido reconocido y aprobado por las religiones todas. La católica ya hemos visto anteriormente que también lo admite.

Sin embargo de esta aceptación que, hace ya tantos años, hizo la Iglesia en favor del hipnotismo, existe todavía en España un libro de religión, de texto, hasta hace pocos meses, en uno de nuestros Centros oficiales de enseñanza, que, retrocediendo a los tiempos de ridículas supersticiones, afirma que siempre que no se pueda probar que los fenómenos del hipnotismo proceden de las fuerzas de la Naturaleza deben atribuirse al demonio. Esta afirmación tan peregrina, lanzada en pleno siglo veinte, no puede hacer sino perjudicarnos a los españoles, puesto que fuera de nuestra patria formarían un concepto muy lamentable de nuestra cultura al ver que eso se estudiaba en uno de nuestros Institutos.

Al autor de ese libro puede aplicarse lo que el doctor Camino escribió refiriéndose al Pr-

dre Franco, autor también de una teoría diablesca sobre el hipnotismo: «Y estoy por decir que un hombre de tan preclaro talento y de tan vasta y profunda ilustración tampoco sentía en el fondo de su conciencia lo que con tanta convicción y habilidad escribió en su libro sobre esta materia».

Y en fin, a excepción de algunos, muy pocos, escritores católicos que aún razonan sobre este particular como se razonaba en tiempos de Mesmer, todos los demás, con muy buen sentido, admiten lo que les dice la ciencia: que la hipnosis es una función psicológica que todos poseemos, que puede despertarse por medios físicos, mecánicos, psíquicos, etc., y que, por tanto, es risible el atribuir sus fenómenos a poderes ocultos y diabólicos.

E. Gómez Sebastián

Tuberculosis

Ante la tuberculosis, como ante cualquier otra enfermedad infecciosa, se presentan dos problemas: uno para tratar de librar al individuo de padecerla (profilaxis individual); otro para destruir la enfermedad como azote humano (profilaxis étnica).

En la profilaxis individual se procede a impedir la vida de los gérmenes que las producen, a evitar las ocasiones de contagio y a aumentar la resistencia del individuo.

En la profilaxis étnica se trata de orientar la organización social de modo que se suprima todo lo que tomenta el desarrollo del morbo y volver al hombre a condiciones incompatibles con la enfermedad.

La tuberculosis, como las demás enfermedades microbianas, es producida por la penetración y vegetación en nuestro organismo de gérmenes microscópicos. El bacilo de Koch es el agente de la tuberculosis. Para

que penetren en nuestro cuerpo es menester que tengan una puerta de entrada en forma de lesión o destrucción de la piel de las mucosas (digestiva, respiratoria, uretral, etc.) Estas heridas pueden ser microscópicas e inapreciables. Para que vegeten y se desarrollen en nuestro medio interno es preciso que esté previamente alterado. Hoy empezamos a explicarnos la naturaleza de esta alteración, que asienta en el equilibrio coloidal de los humores. La acidez o alcalinidad humoral, la tensión superficial, las variaciones de los cambios osmóticos, la viscosidad, la carga eléctrica, etc., empiezan a adquirir la importancia debida.

Por tanto, la causa de las enfermedades infecciosas no es el microbio, ni la lesión que que prepara su entrada, ni la modificación humoral que propicia su desarrollo, si las consideramos aisladamente. Los tres factores reunidos nos dan mejor idea del origen de la enfermedad. Los tres necesitan coexistir para que la enfermedad tenga lugar.

Hay individuos inmunes que aun dándose las dos primeras condiciones no llegan a entermar. Unos lo son, naturalmente, de modo nativo y constitucional; otros, en cambio, adquieren esta propiedad después de un ataque de la enfermedad. La inmunidad natural es la de los animales y el hombre antes de pervertir las condiciones de vida naturales; la pierden los animales en cautividad. La inmunidad *adquirida* es la única que se admite por los fisiólogos para la tuberculosis. Esta conclusión, tan desconsoladora, ha sido sacada, un poco superficialmente, del hecho de que ninguna raza humana resiste al contagio y de la observación de individuos de hospital a los que se considera como normales.

La inmunidad *adquirida*, que antes se explicaba por la existencia en la sangre de *antitoxinas* (sustancias hipotéticas opuestas a los venenos microbianos), hoy comiézase a

hacerla radicar, con mejor acuerdo, en los caracteres físico-químicos de nuestros humores. Después de la curación de una enfermedad infecciosa los gérmenes siguen existiendo en la sangre, pero dejan de ser nocivos y van poco a poco siendo digeridos por las células fagocitarias (glóbulos blancos de la sangre). Lo único que parece haberse cambiado son las condiciones del equilibrio coloidal. La curación coincide con un hecho saliente y significativo: con la expulsión por la piel, por la bilis, el intestino o la orina, de los coloides floculados o muertos.

El tiempo de duración de la inmunidad, variable de unas enfermedades a otras, parece depender del tiempo que tardan en ser digeridos los gérmenes causantes, que pueden permanecer enquistados aun durante toda la vida.

Admitida sólo la *inmunidad adquirida* en la tuberculosis, la profilaxis trata de lograrla artificialmente por medio de vacunas que sólo producen una enfermedad atenuada.

En la infancia es cuando mayor es la receptividad para esta plaga humana. La enfermedad no parece ser transmisible hereditariamente. Una madre tuberculosa podría tener hijos sanos, pero la leche y la convivencia y el aliento de la madre pondrían en el organismo receptivo del niño el microbio asolador. Ni la profilaxis individual ni la profilaxis social pueden oponerse a este crimen inconsciente. En cambio, la vacuna de Calmette y Guérin, que aun está en experimentación, pero que ya parece ser salvadora (cuya administración se hace por vía digestiva), promete resolver este pavoroso problema humano.

Evitar las posibilidades de contagio, suprimir las puertas de entrada (catarros) y procurar la normalidad humoral por la alimentación natural, la vida a pleno aire y pleno sol y la higiene escrupulosa de nuestro cuerpo es la principal tarea de la profilaxis individual. El individuo puede así—cuando no

pesa sobre él una herencia predisponente o una situación económica criminal—hurtarse a la enfermedad.

En el intento de preservar a la humanidad de la peste blanca, de hacerla desaparecer como plaga humana, se tropieza con el edificio social, cuyos cimientos descansan en las raíces del morbo. El mejor agente destructor del bacilo de Koch es el sol. La urbanización y construcción de los núcleos de población parecen estar hechas para impedir que el sol cumpla su función esterilizante. Pero aun va más allá. No sólo ofrece un cobijo a los bacilos, brindándole los medios de multiplicarse, sino que obliga al hombre a respirarlos en aires confinados, arruinados de oxígeno, en habitaciones reducidas, malas, deletéreas, que hasta los animales despreciarían. Talleres insalubres. Jornales míseros. Trabajo agobiador. Fomento del alcoholismo y de la ignorancia. Aglomeraciones en locales y vehículos. No terminaríamos de citar las ocasiones que encuentra el microbio para difundirse y el hombre para sucumbir.

Es decir, por un lado están subvertidas las condiciones naturales que tienen relación con el bacilo, cuyo desarrollo se fomenta y cuya virulencia o malignidad se exalta. Por otra parte, están trastocadas las condiciones naturales que tienen relación con el hombre, cuya vitalidad se amengua y cuya resistencia a la enfermedad se destruye. Dejando subsistir el actual estado de cosas, en vano lucharemos contra la tuberculosis. Todas las medidas de higiene y desinfección, en circunstancias tales, resultarán de una eficacia ridícula. Todos los medios de crear en el hombre una resistencia, que todo lo demás contribuye a destruir, resultará un necio empeño completamente estéril.

Es un ideal menguado y vergonzoso para la dignidad humana concretarse, en la lucha tuberculosa, a mitigar su efecto destructor creando en el hombre la inmunidad por me-

dio de vacunas. Sacrificar el hombre a la injusticia social. Destruir, no la malignidad del medio, sino la susceptibilidad humana. Embrutecer al individuo para que no sienta el insulto de la iniquidad. Pervertir su organismo para que no la reaccione contra lo insano. No castigar la falta del criminal, sino la susceptibilidad de la víctima. Es lo que se trata de conseguir con las vacunas. Lo que ya se viene consiguiendo con el alcohol. ¡Esa es la moral de las campañas antituberculosas!

Un Médico Rural

TEMAS CIENTÍFICOS

PARA UNA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

Darwin y el principio de los contrastes

La actitud intelectual de las nuevas generaciones se diferencia de las que adoptaron las anteriores—desde 1700—en la repugnancia al imperialismo ideológico. Doy este nombre a la propensión de plantarse ante los hechos exigiéndoles la previa sumisión a un principio. Ya he indicado alguna vez la curiosa contradicción practicada por esas generaciones revolucionarias que ahorcaban a los príncipes y les sustituían la tiranía de los principios.

Así el biólogo imperialista decide preconcibidamente que los fenómenos biológicos tienen que ajustarse al principio de utilidad, en vez de contemplar aquéllos sin violentarlos, dejándoles que ellos mismos destaquen su peculiaridad, acaso multiforme, e insinúe espontáneamente su propio principio. Pero ya que la biología del pasado siglo no quiso comportarse así, pudo al menos usar de principios rigurosos exentos de vaguedad.

Hemos visto que en los movimientos ex-

presivos de la emoción no logramos descubrir utilidad inmediata ninguna. Se habla, a lo sumo, de la utilidad indirecta que puede reportar para el conmovido la notificación de su estado íntimo a los demás. Es posible que ésta exista, aunque, a veces, resultaría más útil poder ocultar nuestra intimidad. Pero el principio utilista sólo puede servir de algo si es preciso, cosa que no es en Darwin ni en Spencer. Yo no he encontrado más fórmula rigurosa de él que la sugerida por un biólogo poco conocido y que murió hace poco en plena madurez: Oscar Kohnstamm. Según éste, por utilidad en biología, hemos de entender pura y exclusivamente «el aprovechamiento óptimo de un estímulo». Un ejemplo claro de ello es la oclusión de los ojos cuando se les acerca rápidamente un objeto. Nada parecido hallamos en los gestos emotivos. Su aprovechamiento para fines sociales supone, como he dicho, su existencia previa y significa, por tanto, una ventaja secundaria y sobrevenida. Yo distinguiría entre fenómenos de utilidad y proceso de utilización. Kohnstamm se ha ocupado, precisamente, de los gestos emotivos en los cuales descubre una función extrautilitaria de la vida que opone a la otra en el título de su estudio: «Actividad finalista y actividad expresiva» (1913).

La expresividad sería, pues, una función primaria de la vida, irreducible a toda otra. Ello es que las dos teorías económicas que han pretendido explicar el gesto emocional reduciéndolo al habitual mecanismo fisiológico—Spencer y Darwin—no lo han logrado. Este último, como es sabido, considera los movimientos afectivos como residuos de actos que fueron útiles a la especie en otros estadios de la evolución. La contracción del cuerpo en el miedo sería el resto del agacharse para hacerse invisible en la espesura cuando un peligro amenaza. Más útil hubiera sido que el asustado pudiese correr para

huir del peligro. No se ve bien, aun en este ejemplo, que es el más favorable a su hipótesis, porque lo más útil al medroso sea la paralización de sus miembros y aun el colapso. El mismo Darwin comprende que no basta este principio utilista para aclarar el abundante vocabulario de las gesticulaciones emotivas y se ve forzado, con la honradez ejemplar de su pensamiento, a añadir otro principio de índole muy diferente: el principio del contraste. Al advertir que el juego muscular de la risa es de mecánica opuesta al del llanto, le ocurre suponer que toda una clase de gestos se ha formado simplemente como contraposición a otros donde se expresan un sentimiento contrario. Mas con este principio salimos, no sólo del utilismo, sino de la pura fisiología. Es, en efecto, una explicación psicológica. Porque la contraposición de dos actitudes somáticas no tiene directamente que ver con el sentido contrario de dos sentimientos. Esta oposición última es sólo espiritual y a ella se hace corresponder una contraposición especial. En el llanto las cejas se deprimen y juntan, en la risa se elevan y separan. ¿Qué relación hay entre esto y la polaridad puramente «ideal», intencional, entre tristeza y alegría? Evidentemente una relación que no es física, sino una relación simbólica. El organismo simboliza corporalmente la polaridad u oposición psicológica entre dos emociones.

Fué, pues, Darwin quien abrió la vía a la teoría simbólica de los gestos emocionales, desarrollada algún tiempo después por Piderit en su libro «Mímica y fisiognómica». Aguda, certera en el detalle, la obra de Piderit no presenta con claridad suficiente las líneas fundamentales de la explicación. Sin embargo, su intuición—esto fué, más bien que un depurado razonamiento—tiene un valor genial y sobre ella ha de trabajar en lo futuro la nueva ciencia.

El ejemplo clásico y más claro sobre que

conviene ensayar la meditación es el gesto del furioso. Alguien ausente ha provocado su ira y él entonces aprieta los dientes, frunce el ceño, cierra el puño y golpea con él la mesa. ¿Qué significa esto? Separemos la emoción iracunda de su representación en el teatro del cuerpo y veamos luego cómo encayan una en otra. Sentir ira es necesitar el daño de otro para compensar desequilibrio íntimo. Es la reacción de un daño material o moral que hemos recibido. El sentimiento iracundo es una acometida intencional que en nuestro fuero interno ejecutamos contra alguien determinado. Sin embargo, el golpe con el puño lo damos sobre la mesa. Es a ésta a quien acometemos. Si no hubiera mesa habría recibido el golpe el muro próximo y, a falta de otra cosa, el iracundo hubiera descargado el puñetazo sobre su propio muslo. A primera vista la incongruencia es perfecta. El objeto contra quien la ira va es uno; el objeto sobre que la gesticulación carga es otro. En la ira va preformada una acción: herir, golpear o matar al objeto A. El gesto realiza la acción de la ira, pero sustituyendo el objeto A al objeto B. ¿Qué sentido tiene esta sustitución? Aquí está lo decisivo del fenómeno. El gesto de la ira elige el objeto B por el azar de que es el más próximo. De donde resulta que mientras la emoción se dirige a un objeto determinado, concreto y único, su gesto realiza el acto airado sobre un objeto cualquiera. El papel de éste se reduce a representar el personaje ausente y no tiene de común con él más que el atributo abstracto de la resistencia. Diremos, pues, que la acción del iracundo tiene un objeto genérico—lo resistente—y la emoción un objeto singular que pertenece a aquel género. Ahora bien, simbolizar es sustituir un objeto por otro. A la patria la sustituye la bandera. Cuando entre ambos objetos no hay nexo apreciable, no hay comunidad alguna que percibamos,

el símbolo es convencional, la sustitución puramente caprichosa. Cuando los sustituimos por razón de su identidad en algún elemento o atributo el símbolo es natural, tiene un fundamento objetivo y constituye un fenómeno cósmico como otro cualquiera. Esto es el gesto de la ira: una acción intencional que constituye el sentimiento iracundo. Como entre una y otra no tiene que haber más comunidad que alguna coincidencia abstracta, se comprende que las emociones puedan hallar en movimientos especiales sus correspondencias, sus metáforas. La alegría produce una dilatación de nuestra persona íntima, la hace irradiar en todas direcciones, despreocuparse; esto es, perder concentración. Y el gesto jocundo paralelamente distiende los carrillos, eleva las cejas, abre de par en par los ojos y la boca, separa del tronco los brazos lanzándolos por el aire en la carcajada; en suma, ejecuta un movimiento de dispersión muscular. En cambio, la pena ocupa y preocupa: contrae el alma, la concreta y recoge sobre la imagen del hecho penoso, haciéndonos herméticos al exterior. Parejamente su gesto frunce todo el rostro hacia un centro, recoge todos los músculos y cierra los poros.

Esta correspondencia abstracta, esta analogía o metáfora entre lo espacial y lo psíquico es el hecho cósmico de la expresión sometido a leyes objetivas de evidencia parientes a la que rige las verdades astronómicas. Y nada hay en el mundo físico que no tenga su logaritmo psicológico o viceversa.

Como Goethe cantaba:

«Nada hay dentro, nada hay fuera;
lo que hay dentro eso hay fuera».

La hermandad radical entre alma y espacio, entre el puro «dentro» y el puro «fuera», es uno de los grandes misterios del Universo que más ha de atraer la meditación de los hombres nuevos. El error que ha cerrado la vía a su estudio fué a buscar entre ambos una relación «física» y nada más, no advirtiendo que ello implicaba parcialidad por uno de los dos elementos. Se hablaba de mutuo influjo entre alma y cuerpo. Esto era ver la cuestión desde una sola de las vertientes y condenarse al dilema entre esperitualismo y materialismo. Ahora veremos que más allá de estas formas de relacionarse alma y mundo hay entre ellos un nexo nada físico, irreal — la funcionalidad simbólica. El mundo como expresión del alma.

José Ortega y Gasset.

ANTICATARRAL

García Suárez



¡Gracias a él!

quedo asegurado contra
**catarros, tos,
pulmonías y tuberculosis**
Antiséptico enérgico de las
respiratorias y reconstituyente eficaz
no tiene calmantes
Una cucharada antes de cada comida

Ayuntamiento de Madrid

EL MITIN DEL DOMINGO

CAMPAÑA SANITARIA

Con la acostumbrada concurrencia, se celebró en el teatro de Novedades un nuevo acto de la campaña de higiene social. El doctor Navarro Fernández expone la ideología de la campaña remarcando nuevamente los fines altruistas, humanitarios y de elevación moral que persigue.

Don Andrés Huerta se ocupa del problema de la alimentación, abogando porque el abastecimiento de carnes en Madrid se efectúa en buenas y económicas condiciones.

Doña Georgina Ferreira lee unas cuartillas relativas a la higiene de los niños, señalando detalles y marcando normas para encauzarle hacia el deber por el amor y el cariño y nunca por el terror.

Don José Corona habla de la solidaridad que debe existir entre el pueblo y el Estado, afirmando que un país es tanto más feliz cuanto menos pide a su Gobierno, y termina ensalzando la labor del actual Ministro de Fomento.

Señorita Hildegart Rodríguez, en párrafos sentidos y elocuentes, expresa la amargura humana y los medios de endulzarla.

El reverendo Padre Eugenio Redondo insiste en sus puntos de vista sobre la higiene acerca de los baños públicos y se extiende para probar su aserto en consideraciones históricas.

Don José Serrano Batanero se ocupa de los últimos infanticidios y de la epidemia de tiña desarrollada en algunos Asilos.

Don Emilio Zurano insiste acerca de la catástrofe que supondría si se rompiese el Canal de Isabel II.

El señor Fernández Navamuel hace el resumen del acto dedicando expresivos elogios a todos los oradores.

Todos fueron muy aplaudidos.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

Se venden clichés usados

en esta Revista

Se venden colecciones de "Sexualidad"

Ayuntamiento de Madrid

PEDAGOGIA

PREMIOS Y CASTIGOS

Opiniones diversas sobre este asunto.

1.º Esta es una de las cuestiones que más se discuten en la sociedad humana y de las que más han apasionado a maestros y pedagogos.

El hombre, tal como está hoy constituida la sociedad, necesariamente tendrá su naturaleza que inclinarse en un sentido determinado y para conseguir su perfección moral le será necesario algún estímulo para obrar bien y de algún temor que le aparte del mal.

Si tratamos del niño, siendo las primeras manifestaciones de su naturaleza el placer y el dolor, apelaremos como consecuencia inmediata a la aplicación del premio y del castigo para sostener la disciplina.

¿Quiere esto decir que sean los premios y castigos los únicos móviles de los cuales se ha de valer el maestro para sostener la disciplina de sus alumnos?

2.º Para contestar a esto estudiaremos primero la naturaleza del niño. Si como dicen algunos antropólogos que el niño es un enfermo, será necesario curar al delincuente, y suprimir la pena. La misma teoría han sostenido algunos pedagogos aplicándola a la escuela, y dirán que el niño que falta no merece castigo, y que hay que corregirle por la persuasión.

Pero para que el premio y el castigo sean eficaces, desde el punto de vista moral, ha de suponerse en la persona a que se aplica de una parte el conocimiento claro de sus

deberes y de otra la suficiente fortaleza de voluntad para cumplirlos. Y como el niño no tiene el desarrollo mental suficiente para que exista el concepto legítimo de la ley moral, ni la suficiente fortaleza de voluntad para resistir los estímulos de todas clases que obran constantemente sobre su naturaleza, y puesto que todavía no está dotado de la suficiente libertad y completo conocimiento que supone el acto moral, no es moralmente responsable de sus actos y no debe por consiguiente ser premiado ni castigado.

Además el maestro no obra siempre con rectitud en la aplicación del castigo, pues la falta de aplicación, la mala inteligencia, la falta de atenerse, etc., son muchas veces debidos a estados patológicos del individuo, y hasta pudiera tener su origen en la torpeza o negligencia del maestro mismo.

Habría que añadir a esto la influencia que ejerce en el individuo la herencia, que nacen ya los niños con ciertos caracteres propios de sus padres o antepasados, de los cuales los niños no son responsables. Así como también la influencia del medio, tan grande en los niños que son esencialmente imitadores.

Por todas estas razones, se verá lo espuesto que estará el maestro en cometer injusticias al premiar o castigar a los niños.

3.º De las cualidades del maestro depende muchas veces el poder matener la disciplina sin apelar a los premios y castigos. En una escuela en que el maestro haya sabido despertar el interés, en que el maestro ame a sus discípulos y sea

amado por ellos: en una palabra, un maestro con verdadero carácter y autoridad, dotado a la vez de esencia y de bondad, no le será necesario premiar ni castigar para mantener la disciplina.

La misión del maestro debe ser más bien prevenir que castigar, estudiar atentamente al niño, animándole y aconsejándole, procurando por la dulzura y por la persuasión lo que no podrá hacer por la fuerza, haciéndole obrar más bien por el cumplimiento del deber que por el deseo a la recompensa, que hace nacer la envidia y la vanidad en el corazón del niño. Si a esto se añade la facilidad conque el maestro puede ser injusto en la adjudicación de premios, formando muchas veces un juicio erróneo del discípulo, o bien porque el móvil de la simpatía hacia uno determinado y por todo lo anteriormente relatado, se comprenderá lo conveniente que sería la supresión en la escuela de los premios y castigos.

4.º No quiere decir esto que no haya pedagogos que son partidarios de los premios y castigos; al contrario, hay muchos, y quedan razonados temas de los cuales nos vamos a ocupar. Ya la Biblia recomendaba el castigo de los hijos como medios de dirigirlos, y en el libro de los *proverbios* dice que quien escasea el castigo quiere mal a su hijo; mas quien le ama le corrige continuamente fué práctica muy antigua el empleo de los castigos, pues los judíos decían que el padre podía emplear los castigos corporales; sin embargo, no se le concedía derecho a la vida y a la muerte sobre él.

En Roma el niño rebelde era castigado por otro condiscípulo, que le azotaba con un palo o látigo sobre el cuerpo. Pero cualquiera que sea la opinión de los pedagogos acerca de los premios y castigos, en lo que casi todos están conformes es en rechazar en absoluto los castigos corporales. Los in-

dios decían en el *Panchatrante* que de todos los medios el palo es el peor y no debe emplearse. Ya Plutarco reniega de ellos en sus *Morales*, y Quintiliano en sus *Instituciones Oratorias*, y desde el Renacimiento apenas hay quien crea en su eficacia.

Locke propone que, rechazando las recompensas materiales, se invoque al sentimiento del honor y la vergüenza, puesto que existe la dignidad en el niño, y para rechazar el castigo, dice, que los niños que han sido muy castigados rara vez llegan a ser hombres de bien. Los golpes no destruyen la inclinación del mal, hacen odiar al maestro, vuelven los temperamentos serviles y embrutece el espíritu.

El «látigo, dice, es una disciplina servil que toma servil el carácter».

La falta conserva los castigos corporales, aunque prohibiendo golpear a los niños con la mano o con el pie. Los castigos para él eran las reprimendas, penitencias, la palmeta, los azotes y la expulsión de la clase. Condena la violencia y aconseja al maestro ser dulce y firme a la vez.

Montaigne condena toda violencia en la educación de un alma tierna que se educa para el honor y la libertad; opina que lo que no pueda hacerse por la razón y por la prudencia no se hace jamás por la fuerza. Los azotes no tienen otro efecto, dice, que hacer almas más cobardes o más maliciosamente tercas.

El buen Rollin trata extensamente de los premios y castigos, y distingue en el niño dos clases de faltas, las debidas a la natural ligereza de su edad, que éstas no merecen castigo, y las fundadas en la terquedad o desobediencia que deben ser corregidas con severidad. Dice que no hay que castigar a un niño en el instante de su falta por medio de agriarle y cometer otras nuevas y evitar que haya algo de cólera al corregir el maestro.

Los castigos corporales, según él, quedan reservados para casos extremos, y es preciso por justas reflexiones hacer que el niño sienta y reconozca su culpa, evitando siempre herir su amor propio.

Pero mejor que a los castigos hay que acudir a las recompensas, que unidas a los juegos y al descanso contribuirán a hacer que el estado sea agradable.

Para que no se levanten malas pasiones en el alma del niño, Kant proscribía las recompensas y la emulación, que mal aplicadas no producen más que envidia. Entre los castigos da preferencia a los naturales, y que no haya más medio para obrar bien que el deber.

Hesbart, como Kant, admite los castigos, aunque con alguna diferencia; para él unos son instrumentos de gobierno, y otros convienen aún después de comenzada la educación liberal.

Hay primeramente castigos disciplinarios que aseguran el orden, que obligan a los niños, privaciones de alimento, de libertad y aún castigos corporales. A estas convenciones de pura disciplina debieran seguir, según el filósofo alemán, las que educan al niño, habituándole a darse cuenta de sus actos; estos son los castigos que llama pedagógicos.

Otros pedagogos modernos como Dum, Schvar, Overberg, Bain, Baldwin y nuestro Balmes, que en su Filosofía Elemental demuestra filosóficamente su necesidad, admiten los premios y castigos.

M. R.

MINERO ORTOPEDICO

Príncipe, núm. 28.-MADRID

CORRESPONDENCIA

A. R., de Murcia.—Tenga en cuenta que no somos amigos de *enredar*, que si no se las iba usted a ver con Benavente.

* * *

M. Q., de Madrid.—Muy bien sus apreciaciones, pero procure enmendarse. No dice bien ciertas cosas con su personalidad.

* * *

S. F., de Linares.—Muy bien; se le publicará.

* * *

J. N., de Sevilla.—Envíenos sus artículos. Si no recibió el último no es culpa nuestra.

* * *

C. P., de Alcalá.—Su pregunta diríjala al ilustre colega «Cosquillas» porque aquí no se las hacemos a nadie. ¿Entendido?

* * *

M. A., de Madrid.—Estamos a su disposición. Muy complacidos.

* * *

No se devuelven los originales.

LIBRERIA MEDICA

R. CHENA Y C.^a

ATOCHA, 145.-APARTADO 7.004.-MADRID

OBRAS INTERESANTES DE VULGARIZACION CIENTIFICA

ANACLETO CHIONE.—El médico en casa.....	6 Pts.
UN LIBRO PARA EL HOGAR.—Por el Higienista y Naturólogo, ANDRES VALLVERDU.....	3 »
GUIA DE LA SALUD.—Conocimientos útiles para evitar los terribles males que afectan a la humanidad, por FRANCISCO SUGRAÑES BARDAGI.....	3 »
SALUD, VIGOR Y BELLEZA.—Para ambos sexos, por la Gimnasia sin aparatos, por el Dr. KARL MILLER.....	12 »
CULTIVO DE LA ESTETICA Y BELLEZA DE LA MUJER.—Por el doctor ARENY DE PLANDOLIT, Médico Naturalista-Preparador, Profesor de Anatomía y Disección.—Obra dedicada a cultivar, perfeccionar y embellecimiento del cuerpo femenino, en todos sus más pequeños detalles.—De un gran interés para las Masajistas, Manicuras y Callistas. Gran profusión de grabados.....	12 »

Página femenina

La mujer frente a la vida

Revisando días pasados una importante revista dominical tropecé con un artículo que por el título que ostentaba «La mujer guardia y mozo de cuerda» cautivó mi atención. El distinguido cronista no pudo verter más ironía en sus renglones, que iban encaminados a defender los derechos de la mujer pidiendo protección para que no se coarte su radio de acción y pueda intervenir en todas las entidades sociales. Con mucha gracia y no menos burla describía, la mujer sereno, a mujer mozo de cuerda y la mujer guardia de «la porra».

Respetando todas las opiniones del culto escritor por lo que llevan en sí de razonables, aparte de que aun careciendo de razón merecerían igualmente misrespetos, sentí pena al releer los satíricos renglones y contemplar la firma del escritor, que, por ser hombre y por tanto lleno de vigor y fortaleza, no creí pudiera rebatir la intervención en la lucha de la vida y como él por la conservación de la existencia a la mujer, siendo más débil y sobre todo tan llena de ternura y delicadeza.

Dejando aparte las sentimientos y colocando al hombre y a la mujer en base de igualdad, por lo que respecta a su existencia como seres que viven y necesitan elementos de nutrición para existir, dígame el distinguido escritor a qué quiere que se dedique una hija de familia que tenga a sus padres enfermos y que tenga que cumplir con el deber sagrado de mantener a sus hermanitos porque sus padres tuvieron la desgracia de fallecer, dejándoles en el más espantoso cuadro de

dolor, o por el contrario, que teniendo la dicha de tener padres se vea obligada a aportar su pequeña ayuda para que aquellos padres puedan sobrellevar una poco la existencia del mal vivir a que se ven condenados, porque la desigualdad social así lo requiere; o dígame a qué quiere que se dedique una pobre viuda que tenga que mantener a sus hijitos, o una pobre joven que tenía sus esperanzas cifradas en el hombre que supo conquistarla para satisfacer acaso sus deseos, no de hombre, sino de bestia, dejándola burlada y con el fruto de un amor egoísta y brutal, al que ella, menos egoísta y más mujer, tiene que alimentar y dar vida a fuer de haberse quedado sin honra, sin amor y sin amparo.

¿Le parece loable al culto escritor que después de todo esto, cuando tenga necesidad de trabajar para aportar el sustento insuficiente, haya de alquilarse para servir de «animal de carga» o para quedar ciega ante la pesada y poco remunerada labor de costura, o ponerse en una *esquina para ser empujada* por el viento que sople?

¡Ah! egoísmo feroz de los humanos ¡cómo imperas! y después nos llamamos humanos. ¡Qué ironía! Los animales, con ser animales y carecer de razón, se protegen los unos a los otros: los machos defienden a las hembras; en tanto los humanos, a trueque de *tener razón* y ser *¿humanos?*, no pensamos más que en destruirnos los unos a los otros.

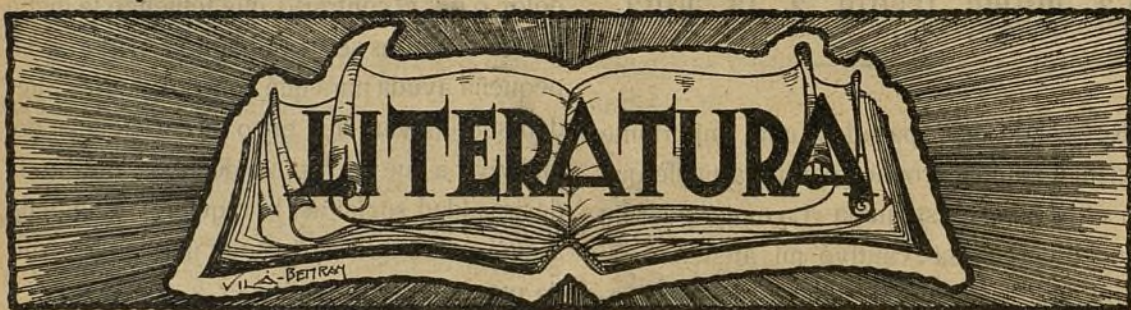
Por algo la sabia Naturaleza nos formó con resistencia para poder soportar la inflexibilidad de nuestros hechos.

No se quejen pues los varones fornidos de que la mujer invada su esfera de acción, porque cuando tiene que temer a quien de-

biera defenderla y prestarle apoyo, muy justo es que se defienda lo mejor que pueda y que busque la mayor remuneración en el menor tiempo posible de trabajo.

Con esto el hombre comprenderá que el incumplimiento del deber lleva en sí funestas consecuencias.

Carmen Moreno y Díaz-Prieto



Figuras del prostíbulo

II

LA OFICIANTE

He aquí el muñeco mejor caracterizado y más perfectamente definido de todos cuantos habitan este hórrido escenario. He hablado e interrogado a muchos. Todos me relatan la misma historia. ¡Son tan buenas en el fondo como desgraciadas! ¡Y todavía hay quien se atreve a mofarse y zaherirlas! No fueron allí empujadas por el vicio, sino por la necesidad. Una sociedad sorda y olvidadiza de sus deberes, de corazón gélido, que no perdona ni compadece, les empujó por los bordes del abismo, cuando a ella llanaron pidiendo amparo, implorando ayuda. Un hombre infame, ¡un miserable!, depositó en sus corazones virginales, inmaculados, mansión de sueños candorosos, la semilla del vicio, y hundió sus almas puras en las entrañas pestilentes e insosondables del fango.

Famélicas, cloróticas, con ojos de horror, como cansadas de ver correr las arpias más asquerosas de la lujuria y de las pasiones bajas; trémulas y sensibles, denuncian sus rostros pálidos y doloridos los constantes zarpazos que les lanza una vida cruel y un

destino implacable; flor sin aroma, rosal inmenso, cuyas descomunales espinas destruyeron las delicadas florecillas poblándole de ja sombría palidez de la muerte; cerebro sin idea, astro sin luz y sin vida, corazón sin fuego, humo sin llama, cuerpo sin alma, vida sin amor, invierno eterno, ¡qué saben ellas de primavera y poesía!; la dura prosa de la vida ha insensibilizado todo su sér.

Las que se dicen mujeres buenas las odian, las vituperan y no saben—mejor dicho, no quieren saber—que son su coraza, su acerada égida que a muchas libran del mismo dolor que ellas sufren. Sólo por esto debieran mirarles con conmiseración, tendiéndoles una mano protectora. lejos de lanzar odios y desprecios que acibararan más su camino tan lleno de espinas y abrojos. Hay muchas que sienten el amor, y por un amor romántico que despertó en ellas un hombre abnegado y generoso han quedado divinizadas. Han destruido el lóbrego pasado, y sobre sus ruinas han construido un pedestal indestructible sobre el que brillan, circundada su frente pálida por una aureola de luz inextinguible.

No puedo hacer ante mi conciencia responsable a la mujer de los males que pueda originar el prostíbulo. ¿Qué sería de él si los

hombres no lo mantuvieran? Tendrían que desaparecer por necesidad y las figuras que lo habitan huirían avergonzados; empero, los que con mayor furor le combaten, son quizá aquellos que le sostienen.

Estas candorosas afirmaciones y vulgares razonamientos filosóficos tal vez serán acogidos con risas irónicas por aquellos que caminan sin saber adónde, pero que van muy a prisa, y lo mismo aplastan un corazón que destruyen un alma, los que consideran a la mujer como esclava y tratan de despreciarla, sin acordarse, tal vez, de que una les lanzó a la vida.

No trato de ensalzar a estas pobres mujeres. Esto sería imperdonable. Trato únicamente de dignificarla un poco ante esa careta mefistofélica que cubre la faz del mundo. Inspirado en las sublimes enseñanzas del más grande de los hombres, tiendo una mano al caído y trato de amparar al que está pronto a caer.

En bien de todos, trabajemos por extirpar estas lacras, por borrar estos estigmas, y perdonemos, ¡desgraciados aquellos que no saborearon el goce inefable del perdón! Y esta es la primera obra de la misión impuesta al hombre que espera y sueña con una Humanidad nueva, fuerte y vigorosa de cuerpo y espíritu. Lejos de empujar a la mujer al prostíbulo, dejándose dominar por el instinto y los prejuicios y convencionalismos, redimir y purificar a las allí sepultadas. El hombre espiritual, sólo cuando hace el bien siente la felicidad y comprende para qué fué creado.

Mi pluma, siempre inspirada en el dolor y la miseria y que detesta las pompas y vanidades mundanas, pretende hoy dignificar a la pobre ramera del burdel—he intentado sugerirle una senda luminosa—ajada y maltrecha, medrosa y sonriente, sepultada en vida, y mi pobre musa lama sus débiles arpegios quejumbrosos que hienden el espacio, perdiéndose en la sugeridora lejanía...

Si las páginas de la vida nos muestran mujeres que se salvaron porque amaron mucho, éstas pueden salvarse por lo mucho que han sufrido. Jesús perdonó a una...

Antonio Linage

Más pensadores que emotivos

Tienen estos juicios, más que el sabor de una doctrina puramente ocasional, un gran fondo de energía inteligente y suave.

Persuasivo, dulcemente persuasivo, como un místico en su tono seráfico, es mi anhelo de fortificación en la ardua empresa, donde generalmente se fracasa.

Los falsos aristócratas creen tener bastante para serlo con sólo apartarse de la vulgaridad, y esto es sólo aspecto negativo y estéril; hace falta edificar en el alma para poder cobijarse con seguridad en ella. El que recurre a su espíritu sin antes haber construido y trabajado en él se expone a dormir a la intemperie por orgullo de no querer cobijarse en morada ajena.

Y quienes prescinden de la observación, sin conceder valor a los avisos y enseñanzas que en el emporio de las ideas exhibimos los humanos, merecen la calificación dura de mediocres.

La característica del problema a tratar es esta: Los hombres no se preocupan de *ser*, sino de *representar*.

Por esto no encontramos muchos sujetos que al hablarles de determinadas cuestiones tengan opiniones propias, definidas y exactas. El émbolo propulsor de toda esa hiperactividad es el sentimiento. Las opiniones de la mayoría de los hombres no se funden sobre argumentos, sino sobre odios, simpatías o esperanzas o, lo que es igual, sobre sentimientos.

Si afirmáis doctrinalmente a un joven que el cometer un crimen es cosa bella, no os creará de fijo. Mas si le presentáis, en muchos melodramas, criminales sublimes y

personas honradas vulgares, el joven adquiriría el hábito de pensar que para ser grande es necesario haber obrado el mal durante la vida.

Este estado degenerativo de plétora emotiva, más que ideativa, significa predisposición, estado constitucional de menor resistencia, de mayor vulnerabilidad. La degeneración latente a beneficio de factores etiológicos emotivos dan un contingente de desorientados, abúlicos y parásitos sociales que merece la pena dedicarles la suficiente atención para indicarles el camino de rehabilitación y solidaridad generosa con el Bien, que tanto anhelan.

Sería de desear la aparición de un gran genio que hablara a la humanidad que siente más que piensa, y le dijese sin dejar lugar a dudas el método rápido y seguro para hacerse la personalidad.

Que el querer y no querer, nuestro amor y nuestro odio, se refieran muchas veces a cosas puramente ideales, cuyo puro idea-

lismo conozcamos perfectamente, operará en la conciencia un descenso de calorías emotivas y producirá simultáneamente un aumento de actividad que tenga más acción que las simples de sentir y querer: la de entender.

Los anónimos en bloque, la plebe quedará atrás, mientras los hombres pensadores cruzan el camino, sembrado de desengaños, que no supieron obviar los medios que odian, aman y esperan más por el sentimiento que por las ideas.

No seamos por eso imprudentes queriendo lanzarnos al espacio antes de habernos fabricado las alas. Tengamos la perseverancia de ir acumulando gota a gota el derretido hielo de la razón, y en este nuestro curioso procedimiento de recoger lo que otros desechan está el principio de la propia felicidad.

Los que quieren *aparecer* antes de *ser*, dejemósles en la nada si no quieren ser creados.

Dionisio Urraco.

SECCION ESPECIAL POR PALABRAS

De una a ocho **50** céntimos; cada palabra más **10** céntimos.

Casa Fernández. Tejidos, novedades para señoras y niños. Colegiata, 20 (esquina Toledo).—Madrid.

Hijos de A. Deza. Bastones, paraguas y óptica. Primera casa en composturas. Carretas, 33. Casa fundada en 1850.

Eslava. compra, venta, peritaje y tasación de toda clase de alhajas, oro, plata, platino y piedras preciosas. Clavel, 2.—Madrid.

Papelería-Imprenta. Crespo. Mayor, 47. Madrid. En el acto arreglamos la stilográfica.

Para conservar vista, cristales Punktal Zeiss. Casa Dubosc, óptico. Arenal 21.

Juan Lafora. Plaza de las Cortes, 4.—Madrid. — Antigüedades.

COMADRONAS

Partos. Josefina López, últimos adelantos. Pez, 19, segundo.

Bazar Médico

Carretas, núm. 35.—MADRID

Antigua Casa de J. Crausolles

Artículos de Cirugía, Ortopedia, higiene y gomas.—Fábrica de bragueros.—Fajas ventrales, suspensorios, etc.—Construcción de mesas de operaciones, vitrinas, etc.—Aparatos electro-medicinales, pantostatos, rayos X, etc.—Aparatos para desinfección escupidoras, pulverizadores, etc.—Coches y sillones para inválidos

Gran fábrica de antisépticos, algodones, gasas, vendas, etc., etc., en San Martín de Provensals

Barcelona

Obsequio a nuestros lectores: Con este vale se descontará un 5 por 100 sobre los precios de nuestro catálogo.

CASA WADEL

DE

ERNESTO WADEL

Carlos Pellegrini, 918 - BUENOS AIRES

Las moscas no resisten la acción del Líquido LIBER, que mata a millones por día. El litro, pesos 3,50, y el medio litro, pesos 2,25. Aparato vaporizador especial, 1,95. Polvo LIBER para matar moscas. La caja fuelle, 1,50.

Laboratorios Ibero-Americanos Puy GENITONAL

Extracto total de los lipoides de las glándulas seminales
al 50 % cerebro 2 % y medular 25 %

FORMAS } Extractoglicerinado.
Graceas.
Injectables.

Impotencia :-: Agotamiento nervioso :-: Debilidad muscular

Harina de VITAMINAS LLOPIS de sabor agradable

“ N A T E L ”

Para niños y ancianos

Tolerado perfectamente incluso para los organismos más delicados

Adoptado en la Inclusa y Asilo de Santa Cristina, de Madrid
Inclusa, de Barcelona.—Hospitales, etc., etc.,
por sus excelentes resultados.

Laboratorios A. LLOPIS

ROSALES 8 Y 12.—MADRID

Gran Hotel Central

San Sebastián



El mejor montado y

más económico de

los hoteles modernos

Propietaria: VIUDA DE CARRIÓN Y C.^a

Unguento MORRITH

Unico que estirpa Callos y Verrugas,
Durezas y Ojos de Gallo

1,25 PESETAS TARRO

FARMACIA CENTRAL

PUEBLA, II. - MADRID

GRAN LABORATORIO PARA DESPACHO DE FORMULAS, EM-
PLEANDO EN LA CONFECCION DE LAS MISMAS PRODUCTOS
- - QUIMICAMENTE PUROS DE LAS MEJORES MARCAS - -